

-No es fácil convertirse: hay que empezar por reconocer los propios pecados y, luego, conocerlo a Jesús de verdad. Así que calcule, amigo, que hay que entrar una semana en silencio, como hacía Jesús cuando oraba para no caer en la tentación. Unos curas sabios nos hablan sobre lo que Dios quiere de nosotros...

-Pero... ¿y el trabajo?

-Lo haremos en los días de invierno. Entretanto enciéndanle una vela a Jesús crucificado cada día pidiéndole la gracia de que Uds. puedan ir. ¡Él los escuchará!

Los últimos veinte años de su vida los pasa en Buenos Aires, después de haber caminado las largas extensiones que la condujeron a las principales ciudades del Virreinato, en la actual Argentina, desde 1767 hasta 1779. El obispo de Córdoba del Tucumán, Juan Manuel Moscoso, le da permiso para pasar a las ciudades ya mencionadas.

En Buenos Aires, luego de un trabajo incansable, muere el 7 de marzo de 1799. *Quiero ser enterrada como pobre de solemnidad en la antigua iglesia de la Piedad, sin ataúd y con una madera de ñandubay como único distintivo* había dicho y se cumplió. El 25 de mayo de 1867, al edificarse el actual templo de la Piedad, se descubren los restos casi de manera milagrosa. Nunca quedó claro quién era esa niña vestida de blanco que indicó a los albañiles desesperados de buscar por todas partes, dónde debían cavar para encontrar los restos de Ma. Antonia. Se le da nueva sepultura hasta que el 26 de septiembre de 1913 se traslada al mausoleo existente junto al altar del S. Corazón de esa iglesia porteña. Allí aparece ella en una bellísima escultura que la representa tal como la gente la conoció: descalza, con pobrísimo sayal y una larga cruz de madera en la mano. En 1917 se introdujo en la Santa Sede su causa de beatificación, por lo que mereció el título de *sierva de Dios*, y durante 100 años esa causa, igual que las otras de la Argentina, no progresó sin que hubiera siquiera un postulador de la causa. El Papa Francisco desentierra la causa, Dios hace el milagro por intercesión de M. Antonia y el 27 de septiembre de 2016 es *beatificada* en la ciudad de Santiago del Estero.

Estos datos bastan para situarla en el tiempo y en el espacio, y para definirla como una misionera. Ni siquiera en la ciudad perdió su vocación:

- ¡Por favor, elijan la bandera de Cristo y rechacen la del Diablo!

¿En qué consistía la actividad de Ma. Antonia? Invitaba al pueblo:

- Vengan a los Ejercicios. No se lamentarán.

Buscaba los mejores sacerdotes:

-Padre, lo necesito para los Ejercicios. ¡Por favor, no se niegue!

Y recolectaba alimentos para dar de comer a los ejercitantes, ya que ella sostenía que los Ejercicios debían ser gratuitos:

-Ayuden a los pobres servidores de Jesús con lo que puedan.

Edificó una Casa que es orgullo de la Iglesia, en el solar que todavía existe para ese fin, en la manzana de Independencia, Salta, EE. UU. y Lima. En 1882, Rivadavia intentó cerrarla, y según la gente, le sucedían cosas tan extrañas cuando iba a firmar el documento. Entonces desistió. Hasta 1860, año en que se formó una congregación religiosa, la Casa era regentada por rectoras profesas de los tres

votos de pobreza, castidad y obediencia, y la comunidad estaba formada por mujeres internas, célibes o viudas.

Ma. Antonia es también conocida como *la beata de los ejercicios*, porque hizo de este método de encuentro con Jesucristo, el centro de su vida misionera. Los ejercicios contenían todos los elementos del Evangelio y las costumbres de la Iglesia para cristianizar al Pueblo de Dios. Representan un sistema completo y formal de catequesis que se une al sistema informal de la fe vivida. Se cuenta que los ejercicios que ella hacía dar en Buenos Aires eran tan interesantes que podían, en aquellos tiempos, hacer la competencia a las funciones teatrales patrocinadas por el virrey español Juan José Vértiz. No porque se diese comida exquisita, o porque los lugares fuesen de gran comodidad. La gente preguntaba:

- ¿Se lo pasa bien?

- ¡Sí, les doy buenas raciones de yerba y azúcar blanca pa'l mate!

Los ejercicios no son conferencias para escuchar, sino una actividad en la cual toda la persona, cuerpo, alma y corazón está involucrada. De allí, las mortificaciones que acompañaban a las meditaciones y la oración; asimismo se servía la comida suficiente para que el cuerpo ni se durmiese ni atormentase al ejercitante. *¿De qué valdría la penitencia, sin una conversión del corazón al Señor?* decía.

La Beata conoció desde joven el ambiente concreto del campo argentino. Santiago del Estero era un pequeño pueblo de unos pocos miles de habitantes, comparado con las dos grandes aldeas: Córdoba y Buenos Aires. Y por conocer al campesino y haber andado incansable de rancho en rancho, Ma. Antonia llegó al convencimiento singular en aquella época:

-Estoy convencida que las ciudades necesitan más los ejercicios que el campo. Por eso me voy pa' Córdoba y Buenos Aires.

Nacida ella en el seno de una familia importante pudo entender la obligación que tienen los gobernantes de acercarse a Cristo para mejorar a todos. La gran objeción que se hace a la obra evangelizadora del pasado es que los dirigentes no fueron tocados por el auténtico espíritu cristiano, como sucedía en cambio con la gente más sencilla. De algún modo, nuestra amiga intuyó esto y no dudó en dejar las provincias para ir a las ciudades. En Córdoba no le fue muy bien. Será en Buenos Aires donde tanto sus virtudes como su acción llegarán a la cima.

Los esfuerzos de esta mujer de fe no quedarían bien descriptos sin ocuparse brevemente de las misiones rurales. La acompañaban unas pocas personas –sola hubiese sucumbido– para movilizar a la campaña. Su primera tarea consistía en hablar con los párrocos:

-Ave María, Padre. Ya oyó hablar de nosotros. Queremos visitar a toda la gente e invitarla a orar cada día. Para el día...necesitamos una Misa y que venga antes a confesar. Vamos a hacerla en la pulpería y ya convencimos al dueño.

Este tipo de misión rural de una mujer permite entender lo que sucede hoy día en muchas provincias con los grupos misioneros de porteños: se admiran de cómo congrega la Misa a los paisanos. Conocer la experiencia de Ma. Antonia hace más comprensible lo que hoy parece un hecho dado. En los orígenes de los comportamientos religiosos hay una persona o un acontecimiento fundador. Ma.

Antonia pertenece a ese tipo de cristianos: viajaba con los elementos para la celebración de la Misa.

Lo decisivo era su visita casa por casa. Se hacía presente en los acontecimientos familiares y populares. Conocía a la gente:

-Háblenos de Jesús, señora Beata -le decían.

-Sí, pero antes hablemos con Él -respondía.

Así les recordaba las oraciones cristianas, visitaba a los enfermos, los consolaba; convencía a los amancebados para que se casasen por Iglesia y formasen una familia según los principios de la fe. Realizaba pues una misión entre los pobres. Lo había aprendido en Santiago cuando organizaba misiones populares en la fiesta del *santito* de la casa. Se adaptaba al ritmo litúrgico del pueblo de Dios y no al del calendario de los clérigos. En ese ritmo popular se presentaban los tres movimientos de la parábola del hijo pródigo: conversión, vuelta a la casa, perdón y fiesta. Preparaba los corazones para abrirse a la Palabra de Dios y a la gracia de Cristo, en la Confesión y la Eucaristía.

¿De dónde le venía este poder de unir al Pueblo? Sin duda, como un regalo de Dios. Pero también por los medios que usaba. Era una mujer pobre y así se presentaba. Arrastraba un carrito por el campo:

- ¿Qué lleva ahí, señora Beata?

- Llevo lo que la gente buena nos da para subsistir y dar a los linyeras que encontramos por ahí...

Así la misión iniciada con el llamado a la penitencia concluía con la fiesta del reencuentro con Cristo y con los hermanos. Ma. Antonia no dejará su costumbre del carrito ni en la Villa de Buenos Aires.

II. Hacer mejores cristianos

- Y ¿para qué sirven sus ejercicios? -le preguntaban.

- Para reformar las costumbres -replicaba.

- ¿Cómo es eso?

- Hay que sanar a la gente y eso solo es posible si cada alma, como sábana desplegada al sol, ¡es inundada por la luz de la resurrección de Cristo!

La expresión *reformar las costumbres* suena antigua, si bien tiene larga historia en la Iglesia: es el cambio, la conversión, la vuelta a la casa del hijo pródigo; es el surgimiento de las virtudes para contrarrestar los vicios; es poner los cimientos de una sociedad donde la justicia y el derecho puedan reinar de veras. Las costumbres se deforman, pierden la forma cuando el pecado se instala como dueño y señor de las conciencias. Es preciso re-formarlas. Pero la Beata no intentó la creación de una élite o movimiento para *selectos*. Su preocupación fue todo el Pueblo de Dios. Por eso su actividad fue *popular* y nunca quedó demasiado en la memoria del clero, aunque sí en la del pueblo. Por otra parte, ¡era una mujer laica!

Esta reforma de costumbres pasa por dos estadios que la Beata se cuidó de subrayar: el misterio de la Encarnación y el de la Redención.

-Mi tesoro más valioso es el "Manuelito" -explicaba. Por favor, sepan que en los ejercicios habrá un día entero para adorar al Niño Jesús en el pesebre.

-Y eso ¿por qué?

-Porque Jesucristo es Dios verdadero y hombre verdadero. Es Dios humanizado en el seno purísimo de la Virgen. Fue engendrado eternamente por Dios Padre y también engendrado humanamente por María.

Nadie debería extrañarse que los apresuramientos posteriores al Concilio Vaticano II que acabaron con la imaginería de los pesebres, haya provocado escándalo entre los católicos. Había quedado muy honda la devoción a Jesús recién nacido como para poder ser removida del corazón. Porque en esa expresión popular puede verse una exacta concepción del cristianismo como asunción de lo creado por la Encarnación. La fe cristiana no da origen a una religión desencarnada, sino capaz de asumir al hombre entero, cuerpo y alma, formas exteriores y espíritu.

El otro misterio que propone es el de la redención realizada por Jesús.

-Jesús es el único Mediador entre Dios y los hombres, el único salvador de nuestros pecados. Y lo ha hecho por su pasión dolorosa y su muerte en la cruz, verdadero sacrificio.

-Vengan a honrar a la Pasión. Póngase delante del Nazareno, el Cristo flagelado.

-No se olviden del Viernes Santo -invitaba.

Y a otro decía:

-Te necesito para cargar la pesada cruz por las calles.

Las devociones populares tienen su origen en esta profunda veneración del Viernes Santo que, con sus costumbres, la Beata transmitió. ¿Por qué se vuelca el pueblo cristiano con tal intensidad a sus iglesias? La imagen de la Dolorosa, la procesión del Vía Crucis, el ayuno riguroso. Ningún sacerdote se asombra cuando los fieles vienen a confesarse que faltaron el Viernes Santo, que no es un *día de precepto*. Ma. Antonia, con su alta cruz de leño, por las calles de Buenos Aires y diciendo *¡Conviértanse de su mala vida!* tiene mucho que ver. Y nadie piense que la gran aldea era más benévola con la religión hace dos siglos que ahora. Era ciertamente necesaria la reforma de las costumbres y el mensaje de Antula caló hondo en nuestra gente: *¡Conozcan a Jesús y ámenlo!*

III. Medios empleados: caridad y pobreza

¿De qué medios se valió esta santa mujer para realizar una obra de gigantes? Usó los más humildes que la Providencia puso a su alcance. Sus compañeras no eran las damas más conspicuas y no perdía el tiempo delante de los poderosos, a no ser lo que fuera obligatorio. Sobresale, ante todo, por su serenidad. Ma. Antonia mantenía su apariencia impassible y calma cuando la desprecian o insultan, o también en medio de las contrariedades. ¿Este sosiego exterior era fruto de su pachorra provinciana o de su oración interior, que había otorgado a todo su cuerpo una transparencia particular? Prefiero lo segundo, porque pachorrienta no parece haber sido. Obtenía serenidad en el dolor por el ejemplo de María, a quien profesaba gran devoción en su imagen de Luján, adonde fue como peregrina de la fe.

Hay tres ejemplos llamativos de esta tranquilidad de la Madre Beata. El primero lo tenemos en su llegada a Buenos Aires. Al verla llegar con su